

REMONDEAU, FEDERICO, "EDUCACIÓN PRIMARIA"

Revista de Educación, N° 4, abril 1920, Sección Transcripciones y Traducciones, pp. 331-338.

TRANSCRIPCIONES Y TRADUCCIONES

Educación primaria

De un folleto editado con este mismo título transcribimos el interesante artículo que va a continuación.

Es su autor el señor Federico E. Remondeau, miembro del Consejo Escolar y profesor del Colegio Nacional del Azul, conocido por sus publicaciones de índole didáctica, en las que sostiene con honda fe los mismos ideales que esboza ligeramente en el folleto a que aludimos.

Soy de opinión que se impone una reforma capital de la enseñanza, en sus tres ciclos fundamentales, y que esta reforma debe comenzar por la escuela primaria, si queremos dar a nuestros hijos una instrucción y una educación que los habilite para afrontar con éxito la lucha por la existencia.

Debemos tratar de inculcar en nuestros niños, desde su más tierna edad, nociones de la vida práctica; que los transforme en hombres de iniciativas y de trabajo, poseedores de músculos de hierro y de una voluntad inquebrantable; infatigables para triunfar en el medio donde les toque actuar, y llegaremos los argentinos a formar el país fuerte y vigoroso, que está llamado a ser, por su situación privilegiada y por las inmensas riquezas que contiene en su dilatada extensión territorial.

La República Argentina es uno de los pocos países que encierra en sus entrañas todo lo que la Naturaleza puede producir, y recién ahora, pocas décadas ha, puede decirse, sus hijos se dedican con acierto a la explotación de dos de sus grandes industrias: la ganadería y la agricultura. Y esta explotación inteligente se debe, en gran parte, al concurso que han aportado los extranjeros que se han radicado entre nosotros, y no a la acción eficaz que todo buen gobierno debe

hacer sentir desde la escuela, esa verdadera máquina transformadora de voluntades y de caracteres.

El verdadero «tipo del país», como suelen llamarnos a los que hemos nacido en esta tierra, tiene un prejuicio formado contra el trabajo manual; y vemos a los hijos del más humilde obrero, del más pobre peón, aspirar a una profesión liberal o a un empleo burocrático y alejarse del hogar modesto, que repugna a su imaginación. Esto es la resultante, hasta cierto punto, de la enseñanza que recibimos en la escuela, donde no se tributa culto alguno al trabajo manual.

Es necesario, si queremos hacer obra práctica en la escuela primaria, modificar nuestros actuales planes y programas de estudios; atenuando el enciclopedismo y dar, como dice el doctor Manuel M. de Iriondo, «menor extensión a la enseñanza, pero mayor intensidad, para que se arraigue en la inteligencia del niño.» Debemos nosotros pensar que muchos niños, la gran mayoría, abandonan la escuela primaria para entrar de lleno en la vida, ganándose el sustento. Es imprescindible, pues, que lleven bien inculcadas las nociones básicas de la existencia.

Para conseguir estos propósitos, es necesario que el niño al egresar de la escuela a los catorce años, lleve en sí una aptitud práctica, que le permita ganarse la vida, y que además tenga conocimientos generales que lo habiliten para desenvolverse en el nuevo medio donde le tocará actuar. Todo esto se conseguirá implantando en la escuela primaria una educación eminentemente práctica y adecuada a la región donde tendrá que desplegar sus energías nuestro futuro ciudadano.

Este mismo sistema debe hacerse extensivo en la educación de las niñas, pues hoy día, por desgracia nacional, muchas salen de las aulas con ideas completamente pervertidas, no siendo raro encontrar hijas de familias humildes, sin preparación intelectual alguna, y que sin embargo, no quieren cocinar, ni lavar, ni planchar, ni barrer, ni zurcir, ni coser, etc., etc.

Creo que sería un acto de verdadero patriotismo y de alta política escolar, que el Gobierno se ocupara especialmente en

desterrar esos falsos conceptos que tienen nuestros jóvenes de la vida real, haciéndoles comprender que en el trabajo manual tiene toda persona joven y ambiciosa de formarse una posición cómoda, muchas probabilidades de coronar con el éxito sus aspiraciones lógicas.

Para conseguir este objeto, me parece que sería conveniente la publicación, por intermedio del Consejo Nacional de Educación o por la Dirección General de Escuelas en las provincias, de un *pequeño periódico escolar*, que se podría titular «Vitalidad», por ejemplo; que fomentara el amor a la patria, al comercio y a la industria, tratando en sus editoriales de los problemas de la vida del hombre en sus comienzos; publicando biografías de nuestros «pionners», como los Tornquist, los Devoto, los Casares, los Vasena, los Prat, etc., etc. Como folletín podría publicarse, para empezar, «La vida en Norte América, por P. de Rousiers». Como tema de Geografía, verificar estudios de las riquezas naturales de cada zona de nuestra República, es decir, hacer geografía económica. En Aritmética, presentar problemas cuyas soluciones hagan comprender nuestra potencialidad ganadera, agrícola, industrial, minera, etc. Una columna debería ser destinada a fomentar el ahorro, base sobre la cual descansa el éxito de toda empresa reproductiva. Combatir el alcoholismo, el tabaquismo, el juego, fomentando la moral bajo todas sus fases, sería la misión de esta hojita. No dejaría, además, de rendir su justo homenaje a los próceres; en una palabra, se haría obra de cultura popular. Para conseguir este objeto, sería necesario que este pequeño periódico escolar, que podría ser mensual, fuera repartido gratuitamente entre los alumnos de cuarto, quinto y sexto grado de todas las escuelas. Esta orientación de vidas y formación de caracteres, que difundiría ideas tanto entre los maestros, como entre los niños, en el hogar del pobre como en el del rico, costaría muy poco dinero al Estado y prestaría grandes servicios a las familias de todas las clases sociales.

.

El niño debe entrar a la escuela a los siete años de edad, época de la vida del hombre en que el desarrollo, tanto físico como cerebral, permiten que pueda ser sometido con provecho a la disciplina escolar.

La enseñanza primaria debe ser distribuída en seis grados, divididos en dos ciclos: el primero, que comprendería los cuatro grados, de los cuales en el primero y segundo se dictarían las clases en tres horas diarias, y en el tercero y cuarto se dictarían en cuatro horas. El plan de estudios que se desarrollaría en esta primera fase de enseñanza, comprendería lectura y escritura, ejercicios de redacción, aritmética, geografía, historia nacional, idioma nacional, dibujo, moral, instrucción cívica y *ejercicios prácticos*, que para los varones serían trabajos de carpintería, mecánica, etc., y para las niñas, coser, zurcir, nociones de economía doméstica.

En el quinto y sexto grado se intensificaría esta enseñanza, agregando la teneduría de libros, anatomía e higiene, química y física en laboratorio, trabajos de jardinería y estudios prácticos de la botánica y de la zoología, para lo cual toda escuela contaría con un buen museo escolar. Geometría aplicada y nociones sobre construcciones, dactilografía, fotografía, etc., etc., tratando en todo de hacer la enseñanza lo más experimental que sea posible.

Con ese fin, en los laboratorios se enseñaría a los niños a fabricar jabones, velas, perfumes, barnices, tintas, y a las niñas a cocinar y los trabajos pertinentes al arreglo del hogar. Los ejercicios físicos se verificarían en horas extraordinarias en los gimnasios o en las plazas. Con frecuencia se darían conferencias sencillas y se organizaría en cada escuela un teatro infantil. Esta enseñanza primaria superior, que se dictaría en quinto y sexto grado, sería una verdadera educación vocacional y la mayoría de los alumnos orientarían su vida en ella.

.
Además, las nociones prácticas que habrá adquirido el niño en esta época de sus estudios primarios le serían de utilidad

positiva durante toda su vida, cualesquiera sean las actividades a las cuales llegue a dedicar sus energías.

Bosquejado ligeramente el plan general de la educación primaria, dedicaremos algunos párrafos especialmente a la escuela primaria rural, pues ha llegado el momento en que es necesario que las autoridades escolares se ocupen especialmente de ella, por ser la forjadora del carácter del verdadero hombre del pueblo, del laborioso de nuestra campaña, que con el sudor de su frente contribuye eficazmente al engrandecimiento nacional.

Los que conocen a fondo nuestra campaña habrán tenido oportunidad de observar que, por lo general, las escuelas rurales funcionan en humildes ranchos, donde no es posible que los maestros puedan hacer obra de verdad. La mayoría de las escuelas primarias rurales no tienen todavía edificio propio y carecen por completo de una extensión de tierra de dos o tres hectáreas, por lo menos, que les permita hacer la obra rural. Sin embargo, el Gobierno paga por el alquiler del local donde funcionan, en muchos casos, sumas que pueden representar la amortización del capital invertido, si se verificara de una operación bancaria.

Nosotros concebimos que toda escuela rural debería tener, por lo menos, dos o tres hectáreas, como ya manifestamos, y en el centro de esta extensión de tierra que se levantara el edificio escolar, sencillo, modesto, pero limpio; bien blanqueado, con salas bien ventiladas, donde el oxígeno vivificador de la campaña formara parte integrante de los elementos indispensables para fijar los conocimientos con éxito.

El perímetro de esta área limitada debería presentar un bello cortinado vegetal, formado por árboles plantados por los alumnos, que resguardarían en parte del «pampero», que, como dueño, se suele presentar sin respetar derechos adquiridos. Nuestros niños y nuestros hombres de campo comprenderán que, como complemento del alambrado de púa, está el árbol, que es exponente de vida.

La «gota de leche» se ha implantado en las ciudades, donde la mayoría de las veces los niños que concurren a las escuelas tienen sus familias radicadas en la vecindad de las mismas. En la campaña, los niños suelen concurrir a caballo, recorriendo largas distancias, leguas a veces; y en ella, que sería fácil implantar este sistema con doble provecho, no existe todavía. No concebimos esta deficiencia. Cada escuela rural debería tener un pequeño tambo, donde los mismos alumnos de los grados superiores ordeñarían las vacas, aprendiendo a cuidarlas, a tuberculinizarlas, a vacunarlas, etc., etc., cosas tan sencillas y útiles para nuestro hombre de campo. De esta enseñanza experimental es que debe desprenderse la «gota de leche».

Las niñas deberían recibir clases prácticas sobre avicultura, atendiendo el gallinero de la escuela. No debemos olvidar los educacionistas que éste es el complemento de la granja, destinado a ser atendido por la mujer.

Toda escuela rural debería tener su jardín y su huerta, trazados, hechos y cuidados por los alumnos; esto agrada mucho a los niños y les inculca nociones de estética, llamada a cambiar la faz de nuestros establecimientos rurales.

Los trabajos prácticos deben ser reales, y fuera de lo ya citado, debería enseñarse a fabricar jabones, velas, azúcar de remolacha, queso, manteca, conservación de carnes, etc., como se hace en Norte América. A las niñas se les debe enseñar a coser antes que a bordar, a zurcir antes que a vainillar; en una palabra, enseñarles cosas a su alcance, que permitan que lo que se exhiba en las exposiciones escolares sea producción real de la escuela.

Para conseguir este objeto, convendría modificar nuestros actuales textos de enseñanza. Los libros de lectura no deben limitarse a cuentos morales: deben ir intercalados estudios de cosas útiles y prácticas *que hagan pensar a los niños*, despertando en ellos deseos de *ser algo*. Hoy no tratamos de aguzar el ingenio y no creamos en nuestros muchachos aspira-

ciones de independencia: *no formamos la robustez del luchador que deseamos tener.*

En los libros anecdóticos y biográficos se deben citar a nuestros «pionners» que se formaron de la nada y llegaron con su trabajo honrado y fecundo, unido a la perseverancia, a labrarse un bienestar, contribuyendo al engrandecimiento nacional. En nada se aminorarían nuestras figuras nacionales que nos dieron libertad y que rigieron nuestros destinos, si entre ellos figuraran aquellos que dedicaron sus energías al fomento de nuestras industrias.

Nuestros libros de geografía deben ocuparse mayormente de las riquezas naturales, haciendo comprender a nuestros niños que hay pocas regiones en el mundo que la Naturaleza haya brindado más con sus favores. En esta forma se hace verdadera obra patriótica. No solamente cantando himnos o pronunciando discursos se cultiva el amor patrio; éste existe cuando sus habitantes se convencen de que su tierra tiene condiciones privilegiadas, y entonces se lanzan con toda confianza a explotarla y a quererla.

Para terminar, diré que la escuela primaria es la llamada a proporcionar al país el hombre necesario en esta nueva etapa de la vida nacional, en la cual se siente la falta de industrias propias que nos permitan bastarnos a nosotros mismos. La moderna escuela primaria, tal cual la pienso, creo que formaría al hombre de trabajo y desarrollaría saludables hábitos en la juventud; y tanto los que de lleno entrarían a actuar en la vida práctica, como aquellos que ingresarían a los colegios nacionales o a las escuelas de industrias, artes y oficios, llevarían entusiasmos nobles que los convertirían en factores aprovechados para la grandeza de la patria.

Ha llegado el momento en que es necesario orientar nuestra educación nemotécnica hacia la educación *real*, como lo están realizando todos los pueblos que marchan a la cabeza de la civilización, que se han convencido de que la grandeza futura ha de practicarse mediante la mayor eficiencia de la actividad

nacional en la producción industrial; y con ese motivo, han introducido reformas fundamentales en sus planes y métodos de enseñanza, que nosotros debemos imitar.

Estas son, en breves palabras, las modificaciones que debemos introducir en la educación primaria argentina, para desarrollar con éxito las facultades físicas, intelectuales y morales de la masa escolar.

FEDERICO E. REMONDEAU.

Azul (F. C. S.), 1919.
